

[AlexanderPlatz] Tijeretazos [Postriziny]

APUNTES PARA UNA TERCERA GUERRA MUNDIAL
Vladimir Holan, Boris Vian, Jacques Prévert, Jaroslav Seifert, Leonardo
Sciascia, Bohumil Hrabal, Louis-Ferdinand Céline, Heinrich Böll,
Marguerite Duras, Bertold Brecht, Guillaume Apollinaire

Ubi nullus ordo, sed perpetuus horror
Vladimir Holan

Terrible es vivir puesto que hay que quedarse
en la aterradora realidad de estos años...
Sólo el suicida piensa que puede salir por puertas
que en la pared tan sólo están pintadas...
No hay la señal más tenue de que vaya a llegar el Paráclito...
Sangra en mí el corazón de la poesía...

[Dolor, Hiperión, traducción de Clara Janés]

El desertor
Boris Vian

Señor presidente
Os he escrito una carta
Que quizás leeréis
Si tenéis tiempo
Vengo de recibir
Mis papeles militares
Para partir a la guerra
Antes del miércoles tarde
Señor presidente
Yo no quiero hacerla
No estoy sobre la tierra
Para matar a la pobre gente
No es para enfadaos
Es necesario que os lo diga
Mi decisión está tomada
Voy a desertar

Después de nacer
He visto morir a mi padre
He visto partir a mis hermanos
Y llorar a mis hijos
Mi madre a sufrido tanto
Que está en su tumba
Y se burla de las bombas
Y se burla de los versos
Cuando estaba prisionero
Me robaron a mi mujer
Me robaron mi alma
Y todo mi querido pasado
Mañana temprano
Cerraré mi puerta
En las narices de los años muertos
Iré por los caminos

Mendigaré mi vida
En las carreteras de Francia
De Bretaña a Provenza
Y diré a las gentes
Rechazar obedecer
Rechazar de hacerla
No vayáis a la guerra
Rechazar partir
Si hace falta dar su sangre
Ir y dar la vuestra
Sois buen apóstol

Señor presidente
Si me perseguís
Prevenid a vuestros gendarmes
Que no llevaré armas
Y que podrán disparar

[Chansons, Romans nouvelles Oeuvres diverses, Le livre de poche, traducción Ferdinand Jacquemort]

Le déserteur
Boris Vian

Monsieur le Président
Je vous fais une lettre
Que vous lirez peut-être
Si vous avez le temps
Je vien de recevoir
Mes papiers militaires
Pour partir à la guerre
Avant mercredi soir
Monsieur le Président
Je ne veux pas la faire
Je ne suis pas sur terre
Pour tuer des pauvres gens
C'est pas pour vous fâcher
Il faut que je vous dise
Ma décision est prise
Je m'en vais déserteur

Depuis que je suis né
J'ai vu mourir mon père
J'ai vu partir mes frères
Et pleurer mes enfants
Ma mère a tant souffert
Qu'elle est dedans sa tombe
Et se moque des bombes
Et se moque des vers
Quand j'étais prisonnier
On m'a volé ma femme
On m'a volé mon âme
Et tout mon cher passé
Demain de bon matin
Je fermerai ma porte
Au nez des années mortes
J'irai sur les chemins

Je mendierai ma vie
Sur les routes de France
De Bretagne en Provence
Et je dirai aux gens
Refusez de obéir
Refusez de la faire
N'allez pas à la guerre
Refusez de partir
S'il faut donner son sang
Allez donner la vôtre
Vous êtes bon apôtre

Monsieur le President
Si vous me poursuivez
Prévenez vos gendarmes
Que je n'aurai pas d'armes
Et qu'ils pourront tirer

Bárbara
Jacques Prévert

Recuerda Bárbara
Llovía sin cesar ese día sobre Brest
Y tu marchabas sonriente
Alegre radiante desbordante
Bajo la lluvia
Recuerda Bárbara
Llovía sin cesar sobre Brest
Y te he encontrado en la calle de Siam
Sonreías
Y yo sonreía también
Recuerda Bárbara
Tú a quien no conocía
Tú que no me conocías
Recuerda Bárbara
Recuerda al menos ese día
No olvides
Un hombre en el patio se abrigaba
Y ha gritado tu nombre
Bárbara
Y tu has corrido hacia él bajo la lluvia
Desbordante alegre radiante
Y te has lanzado en sus brazos
Recuerda eso Bárbara
Y no te enfades si te tuteo
Tuteo a todos a los que amo
Aunque sólo los haya visto una vez
Tuteo a todos los que se aman
Aunque no los conozca
Recuerda Bárbara
No olvides
Esa lluvia sabia y feliz
Sobre tu rostro feliz
Sobre esta ciudad feliz
Esta lluvia sobre el mar
Sobre el arsenal
Sobre el barco de Ouessant
Oh Bárbara
Que idiotez la guerra
En qué te has convertido ahora
Bajo esta lluvia de hierro
De fuego de acero de sangre
Y aquel que te estrechaba en sus brazos
Amorosamente
Está muerto desaparecido o quizás todavía vivo

Oh Bárbara
Llovía sin cesar sobre Brest
Como llovía antes
Pero ya no es igual y todo se ha estropeado
Es una lluvia de luto terrible y desolada
No es tampoco la tormenta
De hierro de acero de sangre
Sólo las nubes
Que revientan como perros
Los perros que desaparecen
Siguiendo la corriente sobre Brest
Y se pudrirán lejos
Lejos muy lejos de Brest
Donde no queda nada.

[Paroles, Gallimard, traducción de Ferdinand Jacquemort]

Barbara
Jacques Prévert

Rappelle-toi Barbara
Il pleuvait sans cesse sur Brest ce jour-là
Et tu marchais souriante
Épanouie ravie ruisselante
Sous la pluie
Rappelle-toi Barbara
Il pleuvait sans cesse sur Brest
Et je t'ai croisée rue de Siam
Tu souriais
Et moi je souriais de même
Rappelle-toi Barbara
Toi que je en connaissais pas
Toi que en me connaissais pas
Rappelle-toi
Rappelle-toi quand même ce jour-là
N'oublie pas
Un homme sous un porche s'abritait
Et il a crié ton nom
Barbara
Et tu as couru vers lui sous la pluie
Ruisselante ravie épanouie
Et tu t'es jetée dans ses bras
Rappelle-toi cela Barbara
Et en m'en veux pas si je te tutois
Je dis tu à tous ceux que j'aime
Même si je ne les ai vus qu'une seule fois
Je dis tu à tous ceux qui s'aiment
Même si je ne les connais pas
Rappelle-toi Barbara
N'oublie pas
Cette pluie sage et heureuse
Sur ton visage heureux
Sur cette ville heureuse
Cette pluie sur la mer
Sur l'arsenal
Sur le bateau d'Ouessant
Oh Barbara
Quelle connerie la guerre
Qu'es tu devenue maintenant
Sous cette pluie de fer
De feu d'acier de sang
Et celui qui te serrait dans ses bras
Amoureusement
Est-il mort disparu ou bien encore vivant

Oh Barbara
Il pleut sans cesse sur Brest
Comme il pleurait avant
Mais ce n'est plus pareil et tout es abimé
C'est une pluie de deuil terrible et désolée
Ce n'est même plus l'orage
De fer d'acier de sang
Tout simplement des nuages
Qui crèvent comme des chiens
Des chiens qui disparaissent
Au fil de l'eau sur Brest
Et vont pourrir au loin
Au loin très loin de Brest
Dont il en reste rien.

Ya nunca más
Jaroslav Seifert

Cien casas había en ruinas
y casi mil afectadas
por las bombas.
No, no las conté personalmente.
Me abría paso entre los escombros recientes
y rondaba los cráteres de las calles.
Eran horribles,
como puertas siempre abiertas
a los infiernos ardientes.

Pronto retiraron los escombros,
pero solo al tercer día
forzaron la entrada
de la casita de la calle Sverma
que pertenecía al señor Hrcir.
Toda la familia había muerto.

Solo el gallo, ese viejo pendenciero
al que el apóstol Pedro
no tenía gran cariño,
se salvó.
Salió disparado,
por encima de los cuerpos de los muertos,
a los montones de escombros.

Echó una mirada al lugar de la desgracia,
abrió las alas
y sacudió el pesado polvo
de sus doradas plumas.
Y yo a mí mismo me dije
lo que estaba escrito
con letra de horror y letra de dolor
en los rostros de las gentes de Kralupy.

Y al silencio de la muerte
levantando la voz grité
para que la guerra oyera:
¡Ya nunca más, guerra!

El gallo me clavó
su siniestro ojo negro
y soltó una terrible carcajada.
Se reía de mí
y de mi grito vano.
Aparte de eso era un ave
que simpatizaba con los aviones.
¡Canalla!

[Ser poeta, Praga en el sueño, Icaria, traducción de Clara Janés]

La desaparición de Majorana

Leonardo Sciascia

Todo aquel que, aunque sea superficialmente (como nosotros mismos, sólo por curiosidad) conoce la historia de lo atómico, de la bomba atómica se encuentra en situación de realizar esta sencilla y lamentable constatación: se comportaron libremente, o sea, como hombres libres, los científicos que por condiciones objetivas no lo eran; y se comportaron como esclavos, y fueron esclavos, aquellos que, por el contrario, disfrutaban de una objetiva condición de libertad. Fueron libres aquellos que no la hicieron. Esclavos los que la hicieron. Y no por el hecho de que respectivamente no la hicieran o sí la hicieran, lo cual vendría a limitar la cuestión a las posibilidades prácticas de hacerla que aquéllos no tenían y éstos, por el contrario, sí tenían, sino principalmente porque los esclavos, a causa de ella, sintieron preocupaciones, miedo, angustia; mientras que los libres, sin ningún reparo, e incluso con cierta alegría, la propusieron, trabajaron en ella, la pusieron a punto y, sin poner condiciones o exigir compromisos (cuya más que posible inobservancia habría, por lo menos, atenuado su responsabilidad), la pusieron en manos de políticos y militares. Y en el hecho de que los esclavos la habrían entregado a Hitler, un dictador de fría y atroz locura, mientras que los libres se la entregaron a Truman, hombre de «sentido común», que representaba el «sentido común» de la democracia americana, no hay diferencia, visto que Hitler habría decidido exactamente lo que Truman decidió, es decir, hacer estallar las bombas disponibles sobre ciudades cuidadosamente «científicamente», escogidas entre las más accesibles de un país enemigo; ciudades cuya total destrucción podía haber sido calculada, (entre las «recomendaciones» de los científicos constaba que el objetivo fuera una zona de un radio de una milla, y de densas construcciones; que hubiera un alto porcentaje de edificios de madera; que no hubiese sufrido, hasta aquel momento, ningún bombardeo, de tal forma que se pudieran verificar con la máxima precisión los efectos de lo que sería único y definitivo) (1).

(1) La estructura organizadora del Manhattan Project y el lugar en que se realizó, se desdoblan para nosotros en imágenes de segregación y de esclavitud similares a los campos de exterminio hitlerianos. Cuando se manipula, aunque sea destinada a otros, la muerte, como se manipulaba allí, en Los Álamos, se está de parte de la muerte y con la muerte. En Los Álamos se recreó, a fin de cuentas, precisamente lo mismo que se creía estar combatiendo. La relación entre el general Groves administrador con plenos poderes del Manhattan Project, y el físico Oppenheimer, director de los laboratorios atómicos, fue, de hecho, el tipo de relación que frecuentemente se instituía en los campos nazis entre algunos de los prisioneros y los comandantes. Para estos prisioneros el «colaboracionismo» era un modo distinto de ser víctima, respecto de las otras víctimas. Para los verdugos un modo distinto de ser verdugos. Oppenheimer, de hecho, salió de Los Álamos enmanillado como un prisionero «colaboracionista» de un campo de exterminio de Hitler. Su drama personal, que no nos conmueve en absoluto, y al que tan solo reconocemos un valor de parábola, de lección, de advertencia para los demás hombres de ciencia, es propiamente el drama, vivido a nivel individual, subjetivo, de un nefasto «colaboracionismo» que muchos miles de personas vivieron en el sentido de que murieron a causa de él objetivamente, puesto que fueron el objetivo, el blanco. Y esperemos que otras y más bastas cosechas de muerte no surjan de éste, aún no quebrantado, «colaboracionismo».

[Editorial Juventud, traducción de F. Symons y N. Fabrés]

Trenes rigurosamente vigilados

Bohumil Hrabal

Este año, el año cuarenta y cinco, los alemanes ya no dominaban el espacio aéreo de nuestra ciudad. Y menos aún el de toda la región, el del país. Los ataques de la aviación habían desbaratado las comunicaciones de tal manera que los trenes de la mañana pasaban a mediodía, los de mediodía por la tarde y los de por la tarde por la noche, así que a veces sucedía que el tren de la tarde llegaba sin un minuto de diferencia con lo que marcaba el horario, pero eso se debía a que era el tren de pasajeros de la mañana que llevaba cuatro horas de retraso.

Anteayer un caza enemigo ametralló encima de nuestra ciudad a un caza alemán hasta quitarle un ala. Y el fuselaje se incendió y cayó en algún lugar en el campo, pero el ala aquella, al soltarse del fuselaje, arrancó varios puñados de tornillos y tuercas, que cayeron sobre la plaza y les abollaron las cabezas a unas cuantas mujeres. Pero aquella ala planeaba sobre nuestra ciudad, los que podían se quedaban mirándola, hasta que el ala, con un movimiento chirriante se elevó por encima de la misma plaza, donde se juntaron los clientes de los dos restaurantes, y la sombra del ala aquella cruzaba la plaza y la gente atravesaba la plaza corriendo hacia un lado y en seguida corría hacia el lado donde había estado un momento antes, porque el ala no dejaba de moverse como un péndulo enorme, que hacía huir a los ciudadanos en dirección contraria al sitio posible de su caída y mientras tanto emitía un ruido cada vez más fuerte y un sonido silbante. Y entonces dio un giro rápido y cayó en el jardín del decano. Y a los cinco minutos los ciudadanos ya se llevaban el metal y las chapas de aquella ala, para que en seguida, al día siguiente, aparecieran como techos de jaulas de conejos o gallineros; un ciudadano cortó esa misma tarde tiras de aquella chapa y por la noche se hizo en la moto unos hermosos protectores para las piernas. Así desapareció no sólo el ala sino también toda la chapa y las piezas del fuselaje del avión del Reich, que cayó en las afueras de la ciudad, sobre los campos nevados. Yo fui en bicicleta a mirarlo, media hora después de que lo derribaran. Y ya me encontré por el camino con ciudadanos que arrastraban en sus carritos el botín que habían obtenido. Era difícil adivinar para qué les iba a servir. Pero yo seguía en la bicicleta, quería ver aquel aeroplano destrozado, yo no soportaba a la gente que siempre andaba buscando algo, ¡qué va, qué voy a andar yo recogiendo o arrancando piezas, trastos! Y por el camino de nieve pisoteada, que conducía ya a aquellas negras ruinas, venía mi padre; llevaba una especie de instrumento musical plateado y sonreía y agitaba aquellas tripas plateadas, una especie de tubitos. Sí, eran tubitos del avión, los tubitos por los que pasaba la gasolina, y hasta la tarde, en casa, no averigüé por qué estaba tan contento papá con aquel botín. Los cortó en trozos del mismo tamaño, les sacó brillo y después puso junto a aquellos sesenta tubitos relucientes su lápiz metálico al que se sacaba la mina. Mi padre sabía hacer de todo, porque desde los cuarenta y ocho años estaba jubilado. Era maquinista y había conducido locomotoras desde los veinte, así que sus años de servicio valían el doble, pero los ciudadanos se volvían locos de envidia al pensar que mi padre podía vivir aún veinte o treinta años. Y además papá se levantaba aún más temprano que los que iban a trabajar. Por toda la región recogía cualquier cosa, tornillos, herraduras, se llevaba de los depósitos públicos cualquier trasto innecesario y lo almacenaba todo en casa, en el cobertizo y en el desván; una chatarrería parecía nuestra casa. Y cuando alguien no necesitaba unos muebles viejos, todo se lo llevaba nuestro padre, así que aunque en casa no éramos más que tres, teníamos cincuenta sillas, siete mesas, nueve canapés y montones de armaritos y lavabos y jarras. Y hasta eso era poco para mi padre, salía en bicicleta a recorrer la región y aún más lejos, hurgaba en los depósitos con una barra de hierro y por la noche regresaba con el botín, porque todo podía servir algún día para algo, y servía, porque

cuando alguien necesitaba algo que ya no se fabricaba, alguna pieza para el coche o la trituradora o la trilladora y no lo encontraba, venía a nuestra casa, y mi padre se ponía a pensar, iba de memoria a algún sitio del desván o del cobertizo o a los montones que había en el patio, y entonces metía la mano en alguna parte y al cabo de un rato sacaba algún trasto que de verdad servía. Por eso mi papá solía ser el jefe de las campanas de recogida de chatarra, y cuando transportaba todos aquellos trastos de hierro a la estación, siempre pasaba frente a nuestro portal y dejaba caer parte del producto de aquella campaña de recogida. Y a pesar de eso los vecinos eran incapaces de perdonarle. Debía ser porque nuestro bisabuelo Lukas recibía un doblón al día de renta, y después cuando llegó la República, en coronas. Mi bisabuelo nació en mil ochocientos treinta y en mil ochocientos cuarenta y ocho era tambor del ejército y como tal luchó en el Puente de Carlos, donde los estudiantes les tiraron adoquines a los soldados y le acertaron a mi bisabuelo y lo dejaron inválido para toda la vida. Desde entonces cobraba la renta, un doblón diario, con el que se compraba cada día una botella de ron y un paquete de tabaco; y en lugar de quedarse sentado en casa, fumando y bebiendo, iba cojeando por las calles, por los caminos, pero a donde más le gustaba ir era a los sitios en los que la gente se dejaba la piel trabajando, y ahí se burlaba de aquellos obreros y bebía aquel ron y fumaba aquel tabaco, y por eso todos los años le daban al bisabuelo en algún lugar una paliza tal que el abuelo lo llevaba a casa en carretilla. Pero en cuanto el bisabuelo se reponía, volvía a ponerse a preguntar quién lo pasaba mejor, hasta que volvían a darle otra paliza terrible. La caída de Austria le quitó al bisabuelo aquella renta, la que había recibido durante setenta años. Con la pensión que le dieron al llegar la República se acabaron el ron y los paquetes de tabaco. Y a pesar de eso todos los años le seguían pegando al bisabuelo Lukas hasta dejarlo inconsciente, porque se seguía jactando de aquellos setenta años durante los cuales había tenido todos los días la botella de ron y el tabaco. Y en el año mil novecientos treinta y cinco el bisabuelo se fue a jactar delante de unos picapedreros a los que acababan de cerrarles la cantera y le dieron tal paliza que se murió. El doctor dijo que podía haber seguido viviendo tranquilamente otros veinte años. Por eso no había ninguna otra familia que cayese tan mal en la ciudad como la nuestra. Mi abuelo, para que la astilla no fuera tan distinta al palo del bisabuelo Lukas, era hipnotizador y trabajaba en circos pequeños y toda la ciudad veía en su hipnotismo el deseo de hacer el vago toda la vida. Pero cuando los alemanes cruzaron en marzo nuestra frontera para ocupar todo el país y avanzaban en dirección a Praga, el único que fue hacia ellos fue nuestro abuelo, únicamente nuestro abuelo fue a hacerles frente a los alemanes como hipnotizador, a detener los tanques que avanzaban con la fuerza del pensamiento. Así que el abuelo iba por la carretera con los ojos fijos en el primer tanque, que dirigía la vanguardia de aquellos ejércitos motorizados. Y encima de aquel tanque estaba metido hasta la cintura en la cabina un soldado del Reich, en la cabeza llevaba un birrete negro con la calavera y las tibias cruzadas, y mi abuelo seguía de frente hacia ese tanque y llevaba los brazos estirados y con los ojos les infundía a los alemanes la idea, dad la vuelta y regresad... y de verdad, el primer tanque se detuvo, todo el ejército se quedó quieto, el abuelo tocó aquel tanque con los dedos y siguió emitiendo la misma idea... dad la vuelta y regresad, dad la vuelta y regresad, dad la vuelta... y después un teniente hizo una señal con un banderín y el tanque se puso en marcha, pero el abuelo no se movió y el tanque lo atropelló, le arrancó la cabeza, y ya no hubo nada que le cerrara el camino al ejército del Reich. Y después papá se fue a buscar la cabeza del abuelo. El primer tanque se detuvo antes de llegar a Praga, estaba esperando que llegase una grúa, la cabeza del abuelo había quedado aplastada entre las cadenas y las cadenas estaban tan retorcidas que papá pidió que le dejaran sacar la cabeza del abuelo y enterrarla después con el cuerpo, como corresponde a un cristiano. A partir de entonces, la gente de toda la región solía discutir. Unos gritaban que nuestro abuelo era un loco, los otros, que no del todo, que si todos se hubieran

enfrentado con los alemanes como nuestro abuelo, con las armas en la mano, quién sabe cómo hubieran terminado los alemanes.

[Debate, traducción de Fernando de Valenzuela]

Viaje al fin de la noche
Louis-Ferdinand Céline

La cosa empezó así. Yo nunca dije nada. Nunca. Fue Arthur Ganate quien me hizo hablar. Arthur, un estudiante, de medicina también, un compañero. Nos encontramos en la place Clichy. Después de almorzar. Quiera hablarme. Yo le escucho.

- No nos quedemos fuera - me dice- ¡Entremos!

Entramos los dos. Así es.

- En la terraza -añade- pueden cocerse huevos. ¡Ven por aquí!

Y nos dimos cuenta de que las calles estaban desiertas, por el calor; ni coches ni nada. Cuando hace mucho frío, tampoco hay gente en las calles. El mismo Ganate, lo recuerdo, me dijo al respecto:

- Las gentes de París parecen siempre muy ocupadas, pero de hecho se pasean desde la mañana a la noche. Prueba de ello: cuando hace demasiado frío o demasiado calor para pasear, ya no se las ve; se refugian en los establecimientos a tomar café con leche o cerveza. ¡Así es! ¡Siglo de velocidad!, según dicen. ¿En dónde? ¡Grandes cambios!, según cuentan. ¿Cómo es eso? En verdad, nada ha cambiado. Continúan admirándose entre ellos, y eso es todo. Y tampoco es nuevo. Palabras, y no muchas; incluso en las palabras, poco han cambiado. Dos o tres por aquí, por allá, pequeños cambios...

Satisfechos de haber cantado tan útiles verdades, permanecemos allí, sentados, encantados, mirando a las mujeres del café.

Después, la conversación volvió al presidente Poincaré, que iba a inaugurar, precisamente aquella mañana, una exposición de perritos de raza; y de allí pasamos a hablar de *Le Temps*, donde había salido la noticia.

- ¡*Le Temps*! ¡Ése sí que es un gran periódico! -dice Arthur Ganate, para hacerme rabiar-. ¡No hay otro como él cuando se trata de defender la raza francesa!

Y yo le devolví la pelota para demostrarle que estaba bien documentado:

- ¡Y bien que lo necesita la raza francesa, puesto que no existe!

- ¡Que sí, que existe! ¡Y bien hermosa! -insistió-. Te diré incluso que es la raza más hermosa del mundo. ¡Cornudo quien lo niegue!

Entonces se puso a injuriarme. Yo me mantuve en mis trece.

- ¡No es verdad! La raza, eso que tú llamas raza, no es más que un gran revoltijo de infelices de mi estilo, legañosos, piojosos, muertos de miedo, venidos de los cuatro lados del mundo y que han llegado aquí vencidos, perseguidos por el hambre, la peste, los tumores y el frío. No podían ir más lejos a causa del mar. Eso es Francia, y éstos son los franceses.

- Bardamu -me dijo entonces, gravemente y un poco triste-, nuestros padres eran gente digna. ¡No hables mal de ellos!

- ¡Tienes razón, Arthur, en eso tienes razón! Rencorosos, dóciles, violados, robados, con las tripas fuera y siempre jodidos, ¡eran dignos! ¡Puedes asegurarlo! ¡Nosotros no hemos cambiado! Ni de calcetines ni de amos, ni de opiniones, o bien lo hacemos con tanto retraso que ya no

vale la pena. Hemos nacido fieles y así morimos. Soldados sin paga, héroes para todo el mundo y grandes imitones, palabras que sufren, somos los favoritos del Rey Miseria. ¡Es él quien nos posee! Cuando no nos portamos bien, aprieta... Tenemos sus dedos alrededor del cuello, siempre; eso impide hablar, hay que tener cuidado si uno pretende alimentarse... Por nada te estrangula... No es vida.

- ¡Nos queda el amor, Bardamu!

- Arthur, el amor es el infinito puesto al alcance de los perros, ¡y yo tengo mi dignidad! -le contesto.

- Hablemos de ti. ¡Eres un anarquista y eso es todo!

Muy listo, en todo caso, había que verlo, y muy avanzado de ideas.

- Tú lo has dicho, chinche, ¡soy anarquista! Y prueba de ello es que he compuesto una fórmula de oración vengadora y social que voy a servirte al instante. El título es: ¡LAS ALAS DE ORO! -Y le recito:

Un Dios que cuenta los minutos y el céntimo, un Dios desesperado, sensual y gruñón como un puerco. Un puerco con alas de oro que cae en todas partes, panza arriba, deseoso de caricias. Es él, nuestro dueño. ¡Besémonos!

- Tu pequeña muestra no vale ante la vida. Yo estoy por el orden establecido y no me gusta la política. Y, además, el día en que la patria me pida que derrame mi sangre por ella, me encontrará dispuesto a dársela sin pérdida de tiempo.

Eso me contestó Arthur.

Precisamente la guerra se nos acercaba sin que nosotros nos diéramos cuenta, y yo no tenía la cabeza muy clara. La breve pero apasionada discusión me había cansado. Y, por si fuera poco, estaba algo dolido porque el camarero me había tratado de sórdido por culpa de la propina. Arthur y yo terminamos por reconciliarnos del todo. Nuestras opiniones concordaba en casi todo.

- Es verdad, en el fondo tienes razón -convine conciliante-, pero somos todos forzados de una gran galera, todos le damos al remo, ¡no puedes decirme lo contrario!... ¡Sentados sobre bayonetas y aún esforzándonos! ¿Y qué tenemos? ¡Nada! Garrotazos, calamidades, coña y putas. ¡Trabajamos!, dicen. Y eso, su trabajo, es peor, más infecto que el resto. Estamos abajo, en la cala, con la lengua fuera, hediondos, los cojones sudados, ¡eso es todo! Arriba, sobre cubierta, al fresco, están los amos, que no se apuran con hermosas mujeres sonrosadas y bienolientes sobre sus rodillas. Nos hacen subir al puente. Entonces se encasquetan sus sombreros de copa y nos lanzan un aullido: «¡Hato de carroñas, es la guerra!», notifican. «Vamos a ir al encuentro de esos malnacidos que han invadido la patria nº 2, y les vamos a saltar los sesos. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡A bordo hay cuanto hace falta! Y ahora, ¡a coro! Gritad a pleno pulmón para que tiemblen: «¡Viva la patria nº 1!» ¡Que se os oiga de lejos! ¡El que brome más fuerte recibirá la medalla y la peladilla del Niño Jesús! ¡Maldita sea! ¡Los que no quieran palmar en el mar, siempre podrán ir a palmar en tierra, en donde todavía es más fácil que aquí!»

- ¡Así es! -aprobó Arthur, dispuesto a dejarse convencer.

Pero justo en aquel momento, y por delante del café en donde estábamos, desfila un regimiento con su coronel en cabeza, montado a caballo; bien simpático y muy gallardo parecía el coronel. Yo pegué un brinco de entusiasmo.

- ¡Voy a ver si es como lo pintan! -grito a Arthur.

Y salí corriendo a alistarme.

- ¡No seas cabrón, Ferdinand! -me grita Arthur por toda respuesta, molesto sin duda por el efecto que mi heroísmo había causado sobre los que nos miraban.

Me fastidió que tomara la cosa de ese modo, pero no consiguió detenerme. Me puse al paso. «¡Aquí estoy y aquí me quedo!», me dije.

- ¡Ya veremos, eh, infeliz! -tuve tiempo de gritarle antes de doblar la esquina con el regimiento, detrás del coronel y de la música. Ocurrió exactamente así.

Anduvimos mucho rato. No se terminaban las calles ni los civiles y sus mujeres que nos alentaban enfervorizados y lanzaban flores desde las terrazas, delante de las estaciones y de las iglesias. ¡Cuántos patriotas había! Y luego empezó a haber menos... Comenzó a llover y los patriotas disminuyeron más y más, hasta que al final ya no hubo, en todo el camino, uno solo que nos alentara.

¿Así pues, estábamos entre nosotros? ¿Unos detrás de otros? La música cesó. «En resumen, me dije entonces, cuando empecé a ver cómo marchaban las cosas, ¡esto no es divertido! ¡Hay que volver a empezar!» Iba a largarme. ¡Demasiado tarde! Habían cerrado la puerta, silenciosamente, detrás de nosotros, los civiles. Estábamos atrapados, como ratas.

[Planeta, traducción de Carmen Kurtz]

Discurso con motivo de la entrega del premio Nobel Heinrich Böll

Señor ministro presidente, querida señora Palina, damas y caballeros: Con motivo de una visita a la República Federal Alemana, Su Majestad el Rey de Suecia detuvo su experta mirada en los estratos acumulados a despecho de veleidades, de los cuales procedemos y sobre los cuales vivimos. Esta tierra no es virginal ni, en modo alguno, inocente, y jamás ha llegado a lograr la paz. Este codiciado país a orillas del Rin, habitado por hombres ambiciosos, ha tenido numerosos soberanos y por ello ha visto muchas guerras. Guerras coloniales, nacionales, regionales, locales, confesionales y mundiales. Ha visto matanzas organizadas, persecuciones y ese incesante ir y venir, tanto de los que marchaban, expulsados, a otras tierras, como de los que volvían arrojados de cualquier país. Y que allí se hablara alemán era algo demasiado evidente para tener que demostrarlo dentro o fuera. Esto, lo hicieron otros a quienes no satisfacía la «d» suave sino que exigían una «t» fuerte: Teutsche (1). A lo largo del camino que uno va recorriendo desde los estratos de la pretérita caducidad hasta el fugaz presente, no hay más que violencia, destrucción, dolor y errores. Pero ni los escombros ni las ruinas, ni los movimientos de Este a Oeste, y al contrario, lograron lo que después de tanta historia, de demasiada historia, se podría haber esperado: la tranquilidad; probablemente porque nunca se nos dio la oportunidad; para unos éramos demasiado occidentales, para otros no bastante occidentales; para unos demasiado profanos, para otros no bastante profanos. Todavía reina la desconfianza entre los alemanes que desean justificarse como si la combinación Alemania y Occidente fuera tan sólo un engaño de la nación que mientras tanto ha dejado ya de ser sagrada (2). Y sin embargo, se debería dar por seguro que si este país jamás debía haber tenido arrebato alguno, estaba situado allá por donde fluye el Rin. El camino hacia la República Federal fue muy largo. También yo escuché en el colegio cuando era chico el proverbio deportivo: la guerra es el padre de todas las cosas; al mismo tiempo oía decir en el colegio y en la iglesia que los pacíficos, los mansos y los humildes poseerían la Tierra de promisión. Hasta el final de sus días, no se libera uno de la mortal contradicción que promete a unos el cielo y la tierra y a otros solamente el cielo, y esto en un país en que también la Iglesia pretendía, lograba y ejercía el dominio hasta nuestros días. El camino hasta aquí ha sido un camino largo para mí, que, como tantos millones, al regresar de la guerra, no poseía mucho más que las manos en el bolsillo, y lo único que me distinguía de los otros era mi pasión por querer escribir, escribir de nuevo. Esto me ha traído hasta aquí. Permítanme que no acabe de creer del todo el hecho de que me encuentre aquí, al mirar hacia atrás y ver al joven que después de una larga persecución y un largo camino volvió a una patria perseguida; que escapó, no solamente a la muerte, sino también al ansia de morir: fui liberado y superviviente; la paz -yo nací en 1917- era solamente para mí una palabra, ni objeto de evocación ni un talante; República no era una palabra extraña, sino solamente un recuerdo desvanecido. Yo aquí debería dar las gracias a muchos autores extranjeros que se convirtieron en libertadores, liberando lo extraño que por su esencia quedaba relegado a la singularidad de su encierro. El resto fue la conquista del lenguaje en esta vuelta al material, a este puñado de polvo que parecía estar delante de la puerta y que, sin embargo, tan difícil fue de captar y de comprender. También quisiera agradecer los muchos alientos que me han dado los amigos y críticos alemanes, y también las tentativas de desaliento, pues de todo se ofrece sin la guerra, pero nada, así lo creo yo, sin oposición.

Estos veintisiete años han sido un largo camino, no solamente para el autor, sino también para el ciudadano, a través de un espeso bosque de «índices» (3) que procedían de la maldita dimensión de lo propio, dentro de la cual las guerras perdidas se convierten en guerras propiamente ganadas. Muchos de estos índices eran severamente agresivos y tenían su punto de mira en y dentro de sí mismos. Recuerdo con temor a mis predecesores alemanes que, dentro de esta maldita dimensión de lo propio, ya no debían ser alemanes. Nelly Sachs, salvada por Selma Lagerlöf, sólo a duras penas librada de la muerte; Thomas Mann perseguido y desterrado. Hermann Hesse ausente de la dimensión de lo propio, que, cuando aquí fue honrado, hacia tiempo que ya no era súbdito alemán. Cinco años antes de mi nacimiento, hace sesenta años, estuvo aquí el último Premio Nobel alemán de Literatura que murió en Alemania, Gerhart Hauptmann. Él vivió los últimos años de su vida en una variante de Alemania a la cual, a despecho de algunas incomprendiones, no pertenecía. Yo no soy un alemán propio ni he dejado de serlo propiamente; soy alemán; la única prueba válida que nadie me ha de extender ni prorrogar, es el idioma en el cual escribo. Como tal, como alemán, me alegro de este gran honor. Doy las gracias a la Academia sueca y al país sueco por esta distinción, que seguramente no sólo vale para mí, sino también para el idioma en el cual me expreso y para el país del que soy ciudadano.

Estocolmo 10 de diciembre de 1.972

- (1) Usado por los racistas nazis en vez de la palabra Deutsche (alemanes) subrayando de esta manera su procedencia teutónica.
- (2) Se refiere al «Sacro Imperio Romano de la nación alemana», bajo Carlomagno.
- (3) En el sentido de índice levantado en señal de amonestación.

[Nuevos escritos políticos y literarios, Noguer, traducción de Helene M. Kattendahl]

Hiroshima mon amour
Marguerite Duras

Van apareciendo, poco a poco, dos hombros desnudos.

Esos dos hombros se abrazan y están como empapados en cenizas, en lluvia, en rocío o en sudor.

Los dos hombros abrazados son de distinto color, uno es oscuro y el otro claro.

Una mano de mujer, permanece apoyada en el hombro amarillo, apoyada es una manera de hablar, aferrada sería más exacto.

El: Tú no has visto *nada* de Hiroshima. Nada.

Ella: Lo he visto *todo*. *Todo*.

Ella: Por ejemplo, el hospital lo he visto. De eso estoy segura. Hay un hospital en Hiroshima. ¿Cómo iba a poder dejar de verlo?

El: No has visto ningún hospital en Hiroshima. No has visto nada de Hiroshima.

Ella: Cuatro veces en el museo...

El: ¿Qué museo de Hiroshima?

Ella: Cuatro veces en el museo de Hiroshima. He visto a la gente paseando. Todo el mundo pasea, pensativo, por en medio de las fotografías, las reconstituciones, a falta de otra cosa, a través de las fotografías, las fotografías, las reconstituciones, a falta de otra cosa, las explicaciones, a falta de otra cosa.

Cuatro veces en el museo de Hiroshima.

He contemplado a la gente. He mirado a mi vez, pensativamente, el hierro. El hierro quemado. El hierro roto, el hierro que se ha hecho vulnerable como la carne. He visto ramilletes de cápsulas, ¿quién iba a pensarlo? Pielas humanas flotantes, supervivientes, con sus sufrimientos aún recientes. Piedras. Piedras quemadas. Piedras hechas añicos. Cabelleras anónimas que las mujeres de Hiroshima encontraban enteras, caídas, por la mañana al despertarse.

He tenido calor en la plaza de la Paz. Diez mil grados, en la plaza de la Paz. Ya lo sé. La temperatura del sol, en la plaza de la Paz. ¿Cómo no lo iba a saber...? La hierba, es muy sencillo...

El: Tú no has visto en Hiroshima, nada.

Ella: Las reconstituciones se han hecho lo más seriamente posible.

La ilusión, es muy sencillo, es tan perfecta que los turistas lloran.

Siempre puede uno burlarse, ¿pero que otra cosa puede hacer un turista sino precisamente esto, llorar?

Ella: La suerte de Hiroshima siempre me ha hecho llorar. Siempre.

El: No.

Ella: ¿*Qué es* lo que iba a hacerte llorar?

Ella: Yo vi los noticiarios.

Al segundo día, dice la historia, no me lo he inventado yo, desde el segundo día, determinadas especies animales resurgieron de las profundidades de la tierra y de las cenizas.

Se fotografiaron perros.

Para siempre.

Los he visto.

He *visto* los noticiarios.

Los *he* visto.

Del primer día.

Del segundo día.

Del tercer día.

El (*interrumpiéndola*) : No has visto nada. Nada.

Ella: ... del quinceavo día también.

Hiroshima se llenó de flores. Por todas partes no había más que acianos y gladiolos, y campanillas y lirios que renacían de las cenizas con extraordinario vigor, desconocido hasta entonces en las flores.

Ella: Yo no me he inventado *nada*.

El: Te lo has inventado *todo*.

Ella: *Nada*.

De la misma manera que existe una ilusión en el amor, esta ilusión de ser capaz de no olvidar nunca, también yo he tenido la ilusión ante Hiroshima de que jamás olvidaría.

Igual que en el amor.

Ella: También he visto a los supervivientes y a los que estaban en el vientre de las mujeres de Hiroshima.

Ella: He visto la paciencia, la inocencia, la aparente dulzura con que los supervivientes provisionales de Hiroshima se acomodaban a una suerte tan injusta que la imaginación, generalmente tan fecunda, se cierra ante ellos.

Ella (*en voz baja*): Oye...

Sé...

Lo *sé todo*.

Todo sigue.

El: *Nada*. No sabes *nada*.

Ella: Las mujeres corren peligro de dar a luz niños deformes, monstruos, pero todo sigue.

Los hombres corren el peligro de verse atacados de esterilidad, pero todo sigue.

La lluvia da miedo.

Lluvias de cenizas sobre las aguas del Pacífico.

Las aguas del Pacífico matan.

Han muerto pescadores del Pacífico.

La comida da miedo.

Se tira la comida de toda una ciudad.

Se tira la comida de ciudades enteras.

Toda una ciudad monta en cólera.

Ciudades enteras montan en cólera.

Ella: ¿Contra quién, la cólera de las ciudades enteras?

La cólera de las ciudades enteras tanto si lo quieres como si no, contra la desigualdad establecida como principio por ciertos pueblos contra otros pueblos, contra la desigualdad establecida como principio por otras razas contra otras razas, contra la desigualdad establecida como principio por ciertas clases contra otras clases.

Ella (*en voz baja*): Oye...

Igual que tú, yo conozco el olvido.

El: No, tú no conoces el olvido.

Ella: Igual que tú, estoy dotada de memoria. Y conozco el olvido.

El: No, tú no estás dotada de memoria.

Ella: Como tú, yo también intenté luchar con todas mis fuerzas contra el olvido. Y he olvidado, como tú. Como tú, desé tener una memoria inconsolable, una memoria de sombras y de piedra.

Ella: Luché por mi cuenta, con todas mis fuerzas, cada día, contra el horror de comprender ya en absoluto el por qué de recordar. Y como tú, he olvidado...

Ella: ¿A qué negar la evidente necesidad de la memoria...?

Ella: ... Oye... Sé más. Esto se repetirá.

Doscientos mil muertos.

Ochenta mil heridos.

En nueve segundos. Estas cifras son oficiales. Aquello se repetirá.

Ella: Habrá diez mil grados en la tierra. Diez mil soles, dirán. El asfalto arderá.

Ella: Reinará un profundo desorden. Toda una ciudad será levantada del suelo y volverá a caer convertida en cenizas...

Ella: Nuevas vegetaciones brontan de las arenas...

Ella: ... Cuatro estudiantes esperan juntos una muerte fraternal y legendaria.

Los siete brazos del estuario en delta del río Ota, se vacían y se llenan a la hora de costumbre, exactamente a las horas de costumbre, de un agua fresca y venenosa, gris o azul según la hora y las estaciones. Por las fangosas orillas, ya no hay gente mirando la lenta subida de la marea en los siete brazos del estuario en delta del río Ota.

Ella: ... Y te encuentro a ti.

[Versión «teatral», limitada a los diálogos, del guión de la película]

[Seix Barral, traducción de Caridad Martínez]

Hiroshima mon amour
Marguerite Duras

Apparaissent, peu à peu, deux épaules nues.

Ces deux épaules s'étreignent et elles sont comme trempées de cendres, de pluie, de rosée ou de sueur.

Les deux épaules étreintes sont de différente couleur, l'une est sombre et l'autre est claire.

Une main de femme, reste posée sur l'épaule jaune, posée est une façon de parler, agriffée conviendrait mieux.

Lui: Tu n'as *rien* vu à Hiroshima. Rien.

Elle: J'ai *tout* vu. *Tout*.

Elle: Ainsi l'hôpital, je l'ai vu. J'en suis sûre. L'hôpital existe à Hiroshima. Comment aurais-je pu éviter de le voir?

Lui: Tu n'as pas vu d'hôpital à Hiroshima. Tu n'as rien vu à Hiroshima.

Elle: Quatre fois au musée...

Lui: Quel musée à Hiroshima?

Elle: Quatre fois au musée à Hiroshima. J'ai vu les gens se promener. Les gens se promènent, pensifs, à travers les photographies, les reconstitutions, faute d'autre chose, à travers les photographies, les photographies, les reconstitutions, faute d'autre chose, les explications, faute d'autre chose.

Quatre fois au musée à Hiroshima.

J'ai regardé les gens. J'ai regardé moi-même pensivement, le fer. Le fer brûlé. Le fer brisé, le fer devenu vulnérable comme la chair. J'ai vu des capsules en bouquet: qui y aurait pensé? Des peaux humaines flottantes, survivantes, encore dans la fraîcheur de leurs souffrances. Des pierres. Des pierres brûlées. Des pierres éclatées. Des chevelures anonymes que les femmes de Hiroshima retrouvaient tout entières tombées le matin, au réveil. J'ai eu chaud place de la Paix. Dix mille degrés sur la place de la Paix. Je le sais. La température du soleil sur la place de la Paix. Comment l'ignorer?... L'herbe, c'est bien simple...

Lui: Tu n'as rien vu à Hiroshima.

Elle: Les reconstitutions ont été faites le plus sérieusement possible.

Les films ont été faits le plus sérieusement possible.

L'illusion, c'est bien simple, est tellement parfaite que les touristes pleurent.

On peut toujours se moquer mais que peut faire d'autre un touriste que, justement, pleurer?

Elle: J'ai toujours pleuré sur le sort de Hiroshima. Toujours.

Lui: Non.

Sur *quoi* aurais-tu pleuré?

Elle: J'ai vu les actualités. Le deuxième jour, dit l'Histoire, je ne l'ai pas inventé, dès le deuxième jour, des espèces animales précises ont resurgi des profondeurs de la terre et des cendres. Des chiens ont été photographiés.

Pour toujours.

Je les ai vus.

J'ai *vu* les actualités.

Je les *ai vues*.

Du premier jour.

Du deuxième jour.

Du troisième jour.

Lui, *il le coupe la parole*: Tu n'as rien vu. Rien.

Elle: ... du quinzième jour aussi.

Hiroshima se recouvrit de fleurs. Ce n'étaient partout que les bleuets et glaïeuls, et volubilis et belles d'un-jour qui renaissent des cendres avec une extraordinaire vigueur, inconnue jusque-là chez les fleurs.

Elle: Je n'ai *rien* inventé.

Lui: Tu as *tout* inventé.

Elle: *Rien*.

De même que dans l'amour cette illusion existe, cette illusion de pouvoir en jamais oublier, de même j'ai eu l'illusion devant Hiroshima que jamais je n'oublierai.

De même que dans l'amour.

Elle: J'ai vu aussi les escarpés et ceux qui étaient dans les ventes des femmes de Hiroshima.

Elle: J'ai vu la patience, l'innocence, la douceur apparente avec lesquelles les survivants provisoires de Hiroshima s'accommodaient d'un sort tellement injuste que l'imagination d'habitude pourtant si féconde, devant eux, se ferme.

Elle, *bas*: Écoute...

Je sais..

Je sais *tout*.

Ça a continué.

Lui: *Rien*. Tu en sais *rien*.

Elle: Les femmes risquent d'accoucher d'enfants mal venus, de monstres, mais ça continue. Les hommes risquent d'être frappés de stérilité, mais ça continue.

La pluie fait peur.

Des pluies de cendres sur les eaux du Pacifique.

Les eaux du Pacifique tuent.

Des pêcheurs du Pacifique sont morts.

La nourriture fait peur.

On jette la nourriture d'une ville entière.

On enterre la nourriture de villes entières.

Une ville entière se met en colère.

Des villes entières se mettent en colère.

Elle: Contre qui, la colère des villes entières?

La colère des ville entières qu'elles le veuillent ou non, contre l'inégalité posée en principe par certains peuples contre d'autres peuples, contre la inégalité posée en principe par certains races contre d'autres races, contre l'inégalité posée en principe par certaines classes contre d'autres classes.

Elle, *bas*: ... Écoute-moi. Comme toi, je connais l'oubli.

Lui: Non, tu en connais pas l'oubli.

Elle: Comme toi, je suis douée de mémoire. Je connais l'oubli.

Lui: Non, tu n'es pas douée de mémoire.

Elle: Comme toi, moi aussi, j'ai essayé de lutter de toutes mes forces contre l'oubli. Comme toi, j'ai oublié. Comme toi, j'ai désiré avoir une inconsolable mémoire, une mémoire d'ombres et de pierre.

Elle: J'ai lutté pour mon compte, de toutes mes forces, chaque jour, contre l'horreur de ne plus comprendre du tout le pourquoi de se souvenir. Comme toi, j'ai oublié...

Elle: Pourquoi nier l'évidente nécessité de la mémoire?...

Elle: ... Écoute-moi. Je sais encore. Ça recommencera.

Deux cent mille morts.

Quatre-vingt mille blessés.

En neuf secondes. Ces chiffres sont officiels. Ça recommencera.

Elle: Il y aura dix mille degrés sur la terre. Dix mille soleils, dira-t-on. L'asphalte brûlera.

Elle: Un désordre profond régnera. Une ville entière sera soulevée de terre et retombera en cendres...

Elle: Des végétations nouvelles surgissent des sables...

Elle: ... Quatre étudiants attendent ensemble une mort fraternelle et légendaire.

Les sept branches de l'estuaire en delta de la rivière Ota se vident et se remplissent à l'heure habituelle, tres précisément aux heures habituelles d'une eau fraiche et poissoneuse, grise ou bleue suivant l'heure et les saisons. Des gens en regardent plus le long des berges boueuses la lente montée de la marée dans les sept branches de l'estuaire en delta de la rivière Ota.

Elle: ... Je te recontre.

[Romans, cinéma, théâtre, un parcours 1943-1993, Gallimard]

La canción de la mujer del soldado
Bertolt Brecht

¿Qué recibió la mujer del soldado
De Praga, la dorada?
Un par de zapatos de Praga llegó,
Zapatos muy finos de Praga calzó.
Eso le llegó de Praga.

¿Y qué recibió la mujer del soldado
De Varsovia, en Polonia?
Una camisa de color de Varsovia recibió,
La camiasa de color con orgullo lució.
Eso le llegó de Varsovia.

¿Y qué recibió la mujer del soldado
De Oslo, en Noruega?
Una estola de piel de Oslo recibió,
Y a sus vecinos envidia les dio.
Eso le llegó de Oslo.

¿Y qué recibió la mujer del soldado
De Rotterdam, la rica?
Un sombrero muy bello de Holanda llegó,
El sombre de Holanda muy bien le quedó.
Eso le llegó de Rotterdam.

¿Y qué recibió la mujer del soldado
De Bruselas, la gran ciudad belga?
Encajes de Bruselas, de gran distinción.
Hermosos encajes. ¡Oh, qué emoción!
Eso le llegó de Bruselas.

¿Y qué recibió la mujer del soldado
De París, la ciudad de la luz?
Un vestido de seda de París recibió,
Y enorme alegría al verlo sintió.
Eso le llegó de París.

¿Y qué recibió la mujer del soldado
De Trípoli, la africana?
De Trípoli fue el regalo más pobre:
Un dije sencillo y cadena de cobre.
Eso le llegó de Trípoli.

¿Y qué recibió la mujer del soldado
De Rusia, la helada?
Al recibirlo, se quedó muda...
Era su velo de viuda.
Eso le llegó de Rusia.

[Schweyk en la segunda guerra mundial, Teatro completo I, Nueva visión, traducción de Nicolás Costa]

Hay
Guillaume Apollinaire

Hay un barco que se ha llevado a mi amada
Hay en el cielo seis salchichas y la noche entrante uno diría los gusanos de los que nacen las
estrellas
Hay un submarino enemigo que deseaba a mi amor
Hay mil pequeños abetos quebrados por los estallidos de los obuses a mi alrededor
Hay un infante que pasa cegado por los gases asfísiantes
Hay que todo lo hicimos picadillo en las trincheras de Nietzsche de Goethe y de Colonia
Hay el suspiro por una carta que tarda
Hay en mi cartera varias fotos de mi amor
Hay prisioneros que pasan la mirada inquieta
Hay una batería en la que los sirvientes se agitan alrededor de las piezas
Hay el cartero que llega al trote por el camino del Árbol aislado
Hay dicen un espía que ronda por aquí invisible como el horizonte del cual se ha indignamente
revestido y con el que se confunde
Hay vestido como un lys el busto de mi amor
Hay un capitán que espera con ansiedad las comunicaciones de la T.S.F. sobre el Atlántico
Hay a medianoche soldados que sierran planchas para los ataúdes
Hay mujeres que piden maíz a gritos frente a un Cristo sangrante en México
Hay la Gulf Stream que es cálida y tan beneficiosa
Hay un cementerio lleno de cruces a 5 kilómetros
Hay cruces por todo aquí allá
Hay los higos de Barbaria en esos cactus en Argelia
Hay las largas manos ágiles de mi amor
Hay un tintero que hice en una espoleta de 15 centímetros y que no hemos dejado partir
Hay mi montura expuesta a la lluvia
Hay ríos que no remontan su curso
Hay el amor que me arrastra con dulzura
Hay un prisionero boche que lleva su metralleta a la espalda
Hay hombres en el mundo que no han estado nunca en la guerra
Hay hindúes que miran con estupor las campañas occidentales
Piensan melancólicamente en aquellos de los que se preguntan si volverán a ver
Porque hemos llevado muy lejos durante esta guerra el arte de la invisibilidad

[Calligrammes, Oeuvres poétiques, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, traducción de
Ferdinand Jacquemort]

Il y a
Guillaume Apollinaire

Il y a un vaisseau qui a emporté mi bien-aimée
Il y a dans le ciel six saucisses et la nuit venant on dirait des asticots dont naîtraient les étoiles
Il y a un sous-marin ennemi qui en voulait à mon amour
Il y a mille petits sapins brisés par les éclats d'obus autour de moi
Il y a un fantassin qui passe aveuglé par les gaz asphyxiants
Il y a que nous avons tout haché dans tes boyaux de Nietzsche de Goethe et de Cologne
Il y a que je languis après une lettre qui tarde
Il y a dans mon porte-cartes plusieurs photos de mon amour
Il y a les prisonniers qui passent la mine inquiète
Il y a une batterie dont les servants s'agitent autour des pièces
Il y a le vaguemestre qui arrive au trot par le chemin de l'Arbre isolé
Il y a dit-on un espion qui rôde par ici invisible comme l'horizon dont il s'est indignement revêtu et avec quoi il se confond
Il y a dressé comme un lys le buste de mon amour
Il y a un capitaine qui attend avec anxiété les communications de la T.S.F. sur l'Atlantique
Il y a à minuit des soldats qui scient des planches pour les cercueils
Il y a des femmes qui demandent du maïs à grands cris devant un Christ sanglant à Mexico
Il y a le Gulf Stream qui est si tiède et si bienfaisant
Il y a un cimetière plein de croix à 5 kilomètres
Il y a des croix partout de-ci de-là
Il y a des figues de Barbarie sur ces cactus en Algérie
Il y a les longues mains souples de mon amour
Il y a un encrier que j'avais fait dans une fusée de 15 centimètres et qu'on n'a pas laissé partir
Il y a ma selle exposée à la pluie
Il y a les fleuves qui ne remontent pas leur cours
Il y a l'amour qui m'entraîne avec douceur
Il y avait un prisonnier boche qui portait sa mitrailleuse sur son dos
Il y a des hommes dans le monde qui n'ont jamais été à la guerre
Il y a des Hindous qui regardent avec étonnement les campagnes occidentales
Ils pensent avec mélancolie à ceux dont ils se demandent s'ils les reverront
Car on a poussé très loin durant cette guerre l'art de l'invisibilité

[Calligrammes, Oeuvres poétiques, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard]

Tijeretazos [Postriziny]
Una revista de literatura y cine
www.iespana.es/tijeretazos
tijeretazos@inicia.es

[AlexanderPlatz] Apuntes para una tercera guerra mundial